NOS QUERÍAMOS TANTO

Ismael López Gálvez

Nos queríamos tanto

Título: *Nos queríamos tanto*

Primera edición: agosto 2026
Portada: Creada con Inteligencia Artificial (Gemini)

© Ismael López Gálvez

@Ismaellg90
#NosQueríamosTanto

Publicación digital de distribución gratuita.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A Isabel Ojeda,
cuyas lágrimas pusieron punto final a este relato

HACE MENOS DE UN AÑO descubrió que las personas que se han ido están más presentes que nunca, que pueden manifestarse en cada lugar vacío, en cada rincón *donde deberían estar*. Existe una gran diferencia con respecto a cuando *estaban donde estaban:* allí, en los días cotidianos, con cuerpo y con voz, aunque también con la posibilidad de no verlas ni escucharlas. Levin pensaba en ello cada amanecer.

—He dormido toda la noche en el borde de la cama. Es curioso: cuanto más espacio dejas, menos queda para mí.

Lo dijo con los ojos puestos en el techo, sin mirar al hueco donde Haydée *dormía cuando dormía*: le aterraba la idea de que su ausencia se convirtiera en una nada de verdad, de esas que aparecen en el estómago cuando uno piensa en su propia finitud.

—He soñado que cuando termina el otoño las hojas vuelven a los árboles. No tiene mucho sentido. Lo sé. Pero ¿qué pasa con las que alguien recoge para conservar en un herbario? ¿Sabrán encontrar el camino de vuelta? Qué estupidez. A veces, como no sé qué decir, digo disparates. Pero los digo porque necesito decírtelos. Desde que te fuiste, debo decirte algo todo el tiempo. Antes, cuando *me escuchabas porque escuchabas*, podía estar largos momentos sin dirigirte la palabra. No importaba cuán sustanciales

fueran las cosas que debía contarte. En cambio, ahora, te lo digo todo aunque no tenga nada que decir. Vaya —dijo aguzando el oído—, parece que está lloviendo. Eso te gusta. Lo sé. ¿Te acuerdas de cómo *te gustaba cuando te gustaba*? Yo sí. No puedo no acordarme.

Cuando Levin dejó de oír la lluvia, salió de casa. Cada mañana iba a la floristería de su barrio a recoger la margarita que le tenía preparada Leilani, la dueña del local. Él le pagaba por adelantado las que necesitaba al mes. Así, con el transcurso de los días, tenía la sensación de que se las regalaban. «Girl math», lo habría llamado Haydée.

—Buenos días, joven. Vengo a por mi flor.

—Hoy se le ha hecho un poco tarde. Pensaba que ya no vendría.

—Me he entretenido mirando la lluvia.

—No se preocupe. Mire qué margarita le he preparado hoy. Es africana y parece que está ardiendo.

—Es bonita.

—Sí, como la de ayer.

—La de ayer era distinta. Siempre lo es. Aunque fuera la misma, sería distinta.

Levin pensó que a Haydée le habría encantado esa ocurrencia. Que le encanta todavía. De un tiempo a esta parte, el pasado y el presente se le entrelazaban. Tal vez para suplir la volatilidad de su futuro, y la razón por la que siempre se despedía con un «adiós» incluso cuando tenía la intención de volver. Nunca pronunciaba «hasta mañanas» ni despedidas semejantes. El último «ahora nos vemos» que pronunció fue una mentira. Y no porque él quisiera engañar a Haydée, sino porque el destino lo obligó a ello.

—Esa ha sido la única vez que no te he dicho la verdad.

Salió del establecimiento con la lentitud de quien desprecia los días que le quedan y se dirigió, como cada mañana, hacia el cementerio. Ella *lo temía cuando temía*. Evitaba pasar por delante de él o mirar los cipreses. Si un coche fúnebre se cruzaba por su camino o veía una esquela en un tablón público, se santiguaba concienzudamente como si creyese en Dios.

—Si algún día falto, no me dejes sola en este sitio. Ven a verme todos los días y háblame. Háblame mucho. —Levin sintió que se *lo decía igual que cuando lo decía*.

—Te lo he comentado en la cama, Haydée: no puedo dejar de hablarte ni de verte. Sé que pensabas que el alma permanece donde yace el cuerpo, pero te equivocas. Tú te has quedado en todo aquello que tocaste y te tocó, en los rincones que estaban destinados a contenerte; en mí, que solo quiero que seas, que *seas como cuando eras*, tan mía y tan tuya, tan parte de mi ser que *yo* sea lo de menos.

Cruzó la alta verja de hierro. Había llegado a aquel monstruo paciente sin saber muy bien cómo. A Levin le asustaban esos espacios en blanco donde la vida seguía sin su atención ni su consentimiento. Allí olía a piedra mojada y flores marchitas: un perfume denso que le resultaba impostado, artificial. El olor de la muerte era otro, menos eufemístico.

Tras caminar por una hilera de nichos concurridos, llegó a un cuartel más abierto. Las lápidas estaban dispuestas con delicada simetría. Los retratos de los difuntos parecían observar la rutina diaria de Levin. Primero se persignaría ante la tumba. Un gesto llamativo y desprovisto de fe: la razón que lo sostuvo antaño. Aquella cruz imaginaria solo pretendía ahora cumplir con el supersticioso

temor de Haydée. Luego examinaría los jarrones en busca de cualquier deterioro. Apenas una corola vencida por el peso de las horas y un tallo que empezaba a perder su vigor en el agua turbia.

Retiró la flor abatida y acomodó la nueva entre las que aún conservaban su dignidad.

—Leilani dice que está ardiendo. Mal día hoy para una margarita en llamas. —Se estiró la manga de la chaqueta hasta cubrirse los dedos y secó las gotas que lamían el nombre inscrito en el mármol—. Mal día. Por cierto, me he cruzado con el vecino y me ha dicho que es el Día de Difuntos. No tenía ni idea. Pero Larra escribió un artículo de costumbres llamado así. Apenas lo recuerdo.

—Buenos días —lo interrumpió una anciana que se dirigía hacia el columbario situado al final del cementerio.

—Buenos sean —respondió antes de seguir hablando con Haydée—. Ahora entiendo que haya tanta gente por aquí. La mayoría piensa que hay un día para todo. Incluso marcan en el calendario cuándo se debe conmemorar la muerte. Como si no hacerlo fuera una opción. Es estúpido: solo los muertos están a salvo de la muerte. Si quienes te arrojan a vivir ya no están, ella te acompaña a todos sitios: se sienta contigo a la mesa, te mira fregar los platos, cruza la calle junto a ti y te espera al llegar a casa. No se puede no ir muriendo. Ahora entiendo aquello de «muero porque no muero». Y es horrible. Hay tanta muerte envolviéndonos que solo tu muerte me impide morir. Si no fuera porque te di mi palabra de no dejarte sola —se llevó dos dedos a la sien e hizo como si apretase el gatillo—, ya habría dejado de ir muriendo como hizo Larra. Qué ironía. Me mantuviste vivo en vida y me mantienes muerto en muerte. Tú tan viva y yo tan muerto. Perdón, Haydée, perdón.

Se sentó en el borde de la losa y el agua de la superficie le caló a través de los pantalones.

—No estoy bien. No estoy nada bien y tampoco quiero estarlo. Mira esta gente que ha venido a llorar a sus seres queridos; su dolor me insulta, me ofende tanto como a ti que se apropiaran de lo que considerabas tuyo. Dios, cómo *te ofendía cuando te ofendía*. A mí ahora me ocurre lo mismo.

—¿Papá? —se escuchó una voz infantil a unos escasos metros.

La pregunta no se dirigía a Levin. Él y Haydée no tuvieron hijos. Fue por decisión propia y consensuada. Nada clínico.

—¿Papá? —repitió la voz.

Procedía de una niña pequeña, apenas dos años. Iba de la mano de una mujer joven visiblemente afectada.

—Está más adelante. Vamos a dejarle flores para que se las lleven al cielo.

Durante algunos años, Levin tuvo la duda de si habían hecho lo correcto con el tema de los hijos. La idea de legar la nada a nadie le preocupó en ciertos momentos de flaqueza. No podía negarlo. Sin embargo, tras el adiós de Haydée, empezó a verlo con mejores ojos. No habría soportado encontrar en las lágrimas de otro la misma pena que él sentía. Su dolor era suyo. Suyo. Le pertenecía por deliberada elección, por concienzuda libertad. Los vínculos de sangre eran solo una condena impuesta más cerca del deber que del amor.

Miró a la niña, que ya se alejaba con su madre entre las lápidas.

—Qué suerte tiene —murmuró—. Cuando crezca, su padre será menos real que un mito, que un cuento para niños. No importa si se niega a creerlo durante el resto de su vida. La realidad

es que lo que sabrá de él será lo que le han narrado, con sus medias verdades y sus mentiras enteras. Tú estarías de acuerdo, Haydée.

Pasó el pulgar por las letras de su nombre. Las había limpiado tantas veces que conocía de memoria cada irregularidad de la piedra. La tilde de la primera «e» era el trazo más profundo de todos los caracteres, más incluso que el guion que separaba las dos fechas inolvidables.

—No sé dónde he dejado mi libreta de notas. Tenía algunos escritos que merecían la pena. —Se palpó los bolsillos—. No. No puede estar aquí. Nunca la saco de casa. ¿Y si la he tirado? Ayer recogí el correo y estuve viendo los panfletos antes de sacar la basura. A lo mejor estaba entre ellos. Qué desastre. Podría haberlo comprobado al salir.

Permaneció unos segundos callado, recordando viejas monotonías.

—Menudo par hacemos, ¿eh? Tú no solías *encontrar nada cuando no encontrabas nada*. Y yo, que no era de perder, te perdí a ti como se pierde lo que no importa.

Unos pasos se acercaron hacia Levin con determinación. «No se debe pisar tan fuerte un suelo colmado de vidas», pensó mientras recolocaba la margarita africana.

—Me gusta su fuego.

—Eh, usted. —Levin notó al dueño de las palabras. Era un hombre de mediana edad y sostenía un enorme ramo de rosas blancas entre los dedos—. ¿Qué hace en la tumba de mi madre? —lo increpó con innecesaria intimidación.

Levin se puso de pie. Confuso. Como si algo que no tiene boca le hubiera hablado, no supo qué decir.

—Váyase ya. Usted no es nadie para estar ahí.

«Como Ulises», pensó.

—Nadie como Ulises, Haydée. —Y una ligera sonrisa le adornó el rostro envejecido.

Después un empujón. Corto. Seco. Imprevisible como el mañana que lo hizo caer.

—El suelo está helado —dijo mientras masticaba el desconcierto—. La margarita te vendrá bien, Haydée.

—¡Vamos! ¡No se quede ahí! ¡Váyase ya!

Luego una patada. Acaso un envite más que un golpe. Físicamente indoloro pero denigrante hasta el daño. Tan certero que hizo que Levin comenzara a huir como un perro molido. La tierra húmeda en las manos; la grava en las rodillas. Recordó cuando lo castigaron con dos garbanzos en el rincón de la cocina. Desconocía qué hacía aquel niño allí. En ese instante.

Se incorporó con dificultad, apoyándose en una losa que no era la de su Haydée. Observó los cipreses. Altos, oscuros, casi inmóviles. El agua de la lluvia todavía reciente los hacía llorar. «Quieren ser un sauce», pensó. «Parece que sufren. Pero el dolor es mío. Todo el dolor».

—Mire, no quiero volver a verlo por aquí. ¿Entendido?

Levin sintió los retratos de *los vivos*. Lo miraban desde sus óvalos de cristal: rostros quietos, sin color, con labios cerrados y expresión severa. También *los muertos:* la anciana, la mujer con su hija, los que marcaban en el calendario cuando era tiempo para recordar a quienes amaron. Estaban allí, con sus flores genéricas y sus pañuelos inservibles, obligados al duelo. Nadie abrió la boca. Nadie dijo nada. A Haydée se la hubieran llevado los demonios.

Ella no lo hubiera permitido. No lo *hubiera permitido como cuando no lo permitía*. La desesperación se instaló en el pecho de Levin como un huésped indeseable.

—Pero ella…

—Ella nada —lo interrumpió el hombre—. Si lo vuelvo a ver cerca de esta tumba, llamaré a la policía. No se lo vuelvo a repetir

Levin alzó la vista y vio por primera vez a su agresor. Y como sucede con las primeras veces, cuyos acontecimientos nunca vienen solos, lloró. Lloró por primera vez desde que se marchó Haydée. La ausencia ahora lo ocupaba todo. Se le metió por el pecho y le usurpó cada recodo de su ser. Las lágrimas le nacían de un abismo que ya no era suyo. Quizás de ella. De Haydée. Que lloraba con sus ojos, en sus ojos y a través de sus ojos. Fue entonces cuando de sus labios, o de los de ella, se escapó la única verdad en aquel lugar de apariencias.

—Nos queríamos tanto…

Y Levin se perdió entre las losas. Cabizbajo. Ausente como lo que ha dejado de estar de súbito. Le habría gustado despedirse. Decir «hasta mañana». Pero él no hacía promesas que no pudiera cumplir. Y menos por segunda vez. Y menos a Haydée. Su Haydée.

Nos queríamos tanto
se terminó de escribir en Algeciras,
a 16 de agosto de 2026.